



## Amadeo I, el Rey Caballero

escrito por Enric-Eduard Giménez

El 4 de diciembre de 1870, Amadeo de Saboya, duque de Aosta e hijo del primer rey de la Italia unificada, Vittorio Emanuele II, fue aclamado en el *Palazzo Pitti* de Florencia como nuevo rey de España. Tras el derrocamiento de Isabel II en 1868, el nuevo gobernante *de facto* de España, el general Prim, había buscado en las cortes europeas en un nuevo monarca que encajara con la nueva constitución progresista aprobada en 1869. Finalmente, las Cortes Constituyentes acabarían eligiendo, entre varios candidatos, al duque de Aosta, que partió de La Spezia rumbo a España ese mismo diciembre de 1870.

Amadeo, que creía que había sido elegido por la mayoría del pueblo español, venía a simbolizar una nueva monarquía, constituida únicamente como una forma de gobierno supeditada a un Estado elegido democráticamente. El monarca se proponía cumplir escrupulosamente con su papel constitucional, erigiéndose en arbitro y moderador de los distintos poderes públicos. No obstante, no era aún consciente de los obstáculos que iba a encontrar: el rechazo de la aristocracia y de los republicanos, su instrumentalización por parte de los partidos políticos y del Ejército, y la indiferencia manifestada por el pueblo llano.

Los presagios no fueron buenos a su llegada a Madrid el 2 de enero de 1871. Su primera visita fue a la basílica de Atocha, para velar al cadáver del general Prim, su gran valedor que había muerto en un atentado apenas unos días antes. Después de jurar su cargo en las Cortes, Amadeo insistió en visitar la viuda de Prim, pero la entrevista entre ambos acabó siendo un tanto patética: entre sollozos, la viuda era incapaz de hablar, y Amadeo no podía consolarla ya que aún no hablaba nada de español. En cierta manera, se anunciaba como se desarrollaría el reinado, las buenas intenciones del monarca serían origen de malentendidos y conflictos.

Uno de los primeros problemas que tuvo que solventar el rey, fue el nombramiento de los cargos de su Casa, tradicionalmente ocupados por destacados aristócratas. Sin embargo, como él mismo había podido observar a su llegada a Madrid, la aristocracia le rechazaba, había mantenido sus palacios cerrados y sin engalanar y ahora rechazaba sus nombramientos en los altos cargos palatinos. Al final, tuvieron que nombrarse aristócratas *amadeístas* vinculados a los partidos políticos que le habían llevado al trono. Su voluntad de ser un monarca integrador empezaba con dificultades.

A su llegada al Palacio Real, Amadeo se instaló en tres pequeñas estancias del Ala de San Gil cara a la calle Bailén. Antes se habían destinado al servicio de la reina Isabel II, eran un dormitorio, un tocador y un pequeño despacho esquinero. La reina María Victoria, que llegó más tarde, se instalaría en la misma ala, en las antiguas estancias de la monarca derrocada. Isabel II, desde el exilio parisino, se sorprendía que toda la familia de Amadeo I se hubiera acomodado en sus antiguas estancias privadas, “Pobres jóvenes: no podrán moverse.”<sup>1</sup>, exclamó al oírlo.

Las costumbres burguesas y simples del nuevo rey no tardaron en causar corrillos y cuchicheos en Madrid, dicese que el primer día se fue a desayunar a una cafetería, ya que cuando se había levantado a las ocho, no se había preparado aún ningún desayuno en la Real Cocina, acostumbrada a que Isabel II se levantara a las once. La nueva librea de los criados “de color colorado” (encarnado) también fue motivo de debate, y los porteros de Palacio empezaron a ser llamados “langostas”<sup>2</sup>. Lo mismo ocurrió con la decisión del monarca del apagar las luces del Palacio Real de las habitaciones en las que no habitaba: la gente se mofó diciendo que la reina María Victoria tenía fama de ser una mujer de muchas luces (era cultísima y hablaba cinco idiomas) pero que “aquí no hace sino apagarlas”<sup>3</sup>.

La rutina de Amadeo I empezaba al amanecer, con un paseo en caballo por el Campo del Moro, a las ocho ya estaba listo para recibir a los ministros de forma individual, y un día por semana al consejo entero. Luego daba audiencias de una o dos horas, comía a las doce y luego trabajaba en su gabinete hasta las tres. Por la tarde solía ir a visitar museos, o a pasear con la reina por el Retiro. El monarca también solía frecuentar los teatros hasta altas horas de la madrugada, y allí conoció a su amante más célebre, Adela Larra. Los domingos había comida oficial, donde eran invitados generales, diputados, profesores y eruditos. En ella, la reina María

<sup>1</sup> E. De Amicis, *España, viaje durante el reinado de Don Amadeo I*, 1883, traducido de la cuarta edición de Florencia por Augusto Suarez de Figueroa. Madrid, Librería de Vicente López, p 168.

<sup>2</sup> B. Pérez Galdós, *Episodios nacionales: Amadeo I*, Madrid 1910, Perlado, Páez y Compañía, cap. I.

<sup>3</sup> M. del Carmen Bolaños Mejías, *La casa real de Amadeo I de Saboya*, 2003, en D. del Mar Sánchez Gonzáles (coord.), *Corte y monarquía en España*. Madrid: Centro de Estudios Ramón Areces y Universidad Nacional de Educación a Distancia - UNED, p. 272.



Victoria destacaba siempre por su conversación, que denotaba que era una mujer de gran cultura, además de haber aprendido con rapidez la lengua, historia y costumbres españolas.

La reina también era conocida por sus obras de beneficencia, a las que se entregaba en cuerpo y alma, para los hijos de las lavanderas del Manzanares fundó una guardería, el Asilo de las Lavanderas, o la “Casa del Príncipe” como se la llamó entonces, pues se había construido con la asignación destinada a Manuel Filiberto, príncipe de Asturias. Además, también fundó una escuela para los hijos de las trabajadoras de la Fábrica de Tabacos. Desafortunadamente todas estas obras benéficas no le granjearon el amor del pueblo, que respondió con cierta indiferencia o incluso con el rechazo del que hacía gala la aristocracia madrileña. En 1871, por ejemplo, el ayuntamiento de Madrid decidió suspender la tradicional procesión de Corpus por falta de fondos, pero inmediatamente la reina se ofreció a sufragar los gastos. Para contratacar, la aristocracia respondió iluminando sus palacios y celebrando el vigésimo aniversario del pontificado de Pío IX, cosa que acabó derivando en protestas y algaradas callejeras. La aristocracia, no le perdonaba a la dinastía de los Saboya ser extranjera y sin relación con los Borbones, además de haber propiciado la caída de varios reinos italianos gobernados por los Borbones (como Dos Sicilias y Parma) y, el colmo de las ofensas, haber tomado Roma y obligado al Papa a encerrarse en el Vaticano.

La frialdad, sino el rechazo frontal de la aristocracia, también se hizo patente en el verano de 1871, cuando la familia real veraneó a La Granja de San Ildefonso. El verano siguiente de 1872, se decidió ir a El Escorial, oficialmente porque estaba mejor comunicado en tren con Madrid. No obstante, María Victoria pasó gran parte del verano sola con sus hijos, sin que nadie la fuera a visitar, se dice que fue entonces cuando pensó por primera vez en dejar España, después que sus hijos fueran insultados cuando salían a pasear fuera del palacio<sup>4</sup>. Amadeo, por su parte, pasó gran parte del verano realizando un viaje por el norte, por Cantabria, País Vasco y Galicia. El tour organizado por el gobierno de Ruiz Zorrilla fue muy criticado, juzgándose inconveniente y electoralista. Amadeo tuvo que visitar zonas abiertamente hostiles y presenciar “los desaires de los carlistas, á sufrir los desdenes de los alfonsinos [...] y las groseras manifestaciones de un entusiasmo falso fabricado por el partido dominante, y las humillantes complacientes de los republicanos.”<sup>5</sup>

Además, estuvo lleno de “incidentes”. En Gijón, nadie quiso prestar su casa para alojar al rey, y éste tuvo que hacerlo en el ayuntamiento. Lo mismo ocurrió en Santander, donde se habilitó a toda prisa la Aduana, y en su primera noche el monarca casi se intoxica con el olor a pintura y barnices.

El golpe de gracia al reinado fue el conflicto entre el Cuerpo de Artilleros y el gobierno de Ruiz Zorrilla, Amadeo intentó actuar como mediador y acabó siendo acusado de interferir en el gobierno. El 11 de febrero de 1873, Amadeo I envió su abdicación a las mismas Cortes que lo habían elegido apenas dos años y poco antes. En su respuesta, las Cortes reconocieron y aplaudieron a Amadeo por haber sido fiel hasta el último momento a las leyes, a la Constitución y al juramento que realizó. La mañana del 12 de febrero, la familia real abandonó el Palacio Real en medio de una muchedumbre de servidores y artesanos y bajo un silencio sepulcral y solemne. La reina María Victoria, apenas recuperada de su embarazo, tuvo que ser transportada en silla de manos. La familia real partió de Madrid seguidamente, sin que ninguna autoridad fuera a despedirla a la Estación del Norte.

Así terminaba el paso de la Casa de Saboya por el trono español. A pesar del fracaso, la historia le reconocería a Amadeo sus sinceros principios y la dignidad que le acompañó hasta sus últimos momentos en España. Como dijeron los periódicos de la época<sup>6</sup>: todo se perdió, menos el honor.

---

<sup>4</sup> La Época, 28 de agosto de 1872, p. 3.

<sup>5</sup> La Época, 25 de agosto de 1872, p. 1.

<sup>6</sup> La Ilustración Española y Americana, 24 de febrero de 1873, p. 119.